

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Jueves, 04 de Junio de 2009



## TRIGESIMOCUARTO CAPÍTULO. MI NOMBRE ES MALDICIÓN.

El monasterio de El Escorial se estremece por enésima vez a cada grito, a cada aullido que proviene de la cámara privada del Rey. Los pasillos diáfanos del palacio ejercen su labor de correa de transmisión de un dolor sonoro, intenso y demoledor. El embajador de Francia cree estar visitando una mazmorra de la Inquisición, mientras pasea nerviosamente en la sala de embajadores del palacio. La cámara de los médicos reales ha sido visitada continuamente durante las últimas semanas por una infinidad de médicos, boticarios, enfermeros, curanderos, nigromantes y hechiceros. La muerte visita, por enésima vez, los aposentos reales de El Escorial. La muerte habita en El Escorial desde su misma construcción, desde antes, incluso, de que se fijara el rey Felipe II para fijar el palacio-monasterio-panteón real de la dinastía española de los Austrias.

El joven rey Carlos de Habsburgo, Carlos II de España, languidece presa de una enfermedad que no es más que un ramillete de males y terrores que ha ido arrastrando a lo largo de su existencia. A la luz de las últimas velas que Carlos podrá mirar, la fiebre que lo lleva consumiendo en ese lecho en que está postrado durante los últimos meses, le reaviva los recuerdos que ha vivido, y sobre todo, le hace dueño de una cordura y racionalidad de la que hasta entonces había carecido. Las imágenes de su infancia y adolescencia ya han empezado a revolotear por su imaginación. Y recuerda todas y cada una de las vivencias que ha podido ir guardando en su interior. Recuerda el primer olor de las flores de los jardines de El Escorial. Recuerda su primer jabalí cazado en los bosques anexos al palacio. Recuerda sus primeras lecciones de latín, y el canto de la capilla flamenca en la catedral escurialense.

Pero el joven Carlos recibe la visita de alguien esperado. Recibe la visita de quien nunca se olvida, de a quien nunca se le puede prohibir la entrada, de quien vive como alguien más en ese inmenso palacio, El Escorial. A esta hora de la noche, avanzada noche, son muy pocas las velas que se mantienen encendidas en torno al lecho real. Los médicos permanecen vigilantes ante las posibles novedades, que en la evolución final de su enfermedad, pudiera experimentar el cuerpo del moribundo rey. El ambiente es lúgubre, escalofriante, un ambiente que se asemeja a medida que avanzan los minutos, al de un funeral de Estado, sobrio y solemne.

Los ojos del joven Carlos muestran una mueca de estremecimiento y de terror. Su boca ya no puede moverse. Su voz hace días que ya no suena. Y aunque intenta levantar los brazos para taparse la cara y no ver aquella imagen que se presenta ante él, lo cierto es que sus brazos tampoco parecen responder. La luz apagada, en penumbra, que deja ver la habitación casi a oscuras, refleja el movimiento cadencioso y zigzagueante de lo que aparenta ser un hábito franciscano raído y sucio. La cabeza del personaje aparece cubierta por la capucha franciscana. Y a través del espejo que tiene a sus pies, Carlos contempla cómo el personaje carece de pies y de piernas, nada sobresale por debajo del hábito, pero aparece a unos palmos del suelo, simplemente, levitando.

El personaje se acerca lentamente hacia la cabecera de la cama. Una vez llega hasta allí, saca su mano de entre los mangones del hábito y acaricia tierna y suavemente el rostro del joven Carlos. La vista le está abandonando, pero Carlos, acierta a comprobar que, en realidad, no han sido manos humanas las que se han deslizado por su rostro. En realidad, han sido las falanges descarnadas de un esqueleto las que le han acariciado en varias y repetidas ocasiones. Carlos quiere gritar, pero el dolor que soporta le atenaza por completo, y las fuerzas que siempre le han faltado a lo largo de su vida, parecen que ya nunca las tendrá. Pero Carlos todavía no ha podido contemplar el rostro que esconde la capucha del franciscano. Quizá en su interior desee que eso no suceda nunca. Una voz parece surgir del interior de aquél fantoche. En ese instante, el hábito de franciscano se desliza hasta colocarse justo en la ventana que asoma al interior de la catedral, desde donde, desde Felipe II, todos los Austrias podían escuchar la misa sin tener que abandonar sus aposentos. Entonces, Carlos puede escuchar perfectamente las palabras pausadas, bien pronunciadas, con una voz grave, convincente y casi consoladora, que surgen de aquél hábito de franciscano:

“No temas pequeño Carlos, ya pronto acabará tu sufrimiento. Creo que sabes quien soy. Yo estoy aquí desde el principio de los tiempos, y permaneceré cuando todo haya acabado. Así está escrito, así está previsto y así se ha de cumplir. Mi nombre es Maldición. Y tú eres un eslabón más de la cadena que formáis vuestra familia. Sí, pequeño Carlos, vuestra familia es una familia maldita. Seguramente no escucharon hablar nunca de la cábala de los hebreos. Ni tampoco supieron de las maldiciones de los musulmanes. Y si lo hicieron, fueron demasiado valientes.

La reina Isabel de Castilla, la Católica, como bien sabes, pequeño Carlos, ordenó la expulsión del pueblo judío de este país. Lo que no sabía la reina era que una enorme maldición caería sobre su dinastía hasta acabar con ella. Las órdenes que recibo no provienen de mí, ni de ningún poder temporal. Yo llevo ejecutando órdenes desde antes de que el hombre moderno pisara estos lugares. Y siempre cumplo minuciosamente mi cometido. De este modo, el que estaba destinado a ser rey de España, el príncipe don Juan, falleció seis años después de la expulsión de los judíos. El nieto de los reyes católicos, don Miguel, que estaba destinado a unificar España y Portugal, falleció unas semanas después de nacer, nueve años después de la expulsión de los judíos. En 1501 se le diagnosticó a la reina una enfermedad de la que nunca se recuperaría. Fallecería en 1504, cediendo el trono y sus derechos a su hija Juana. Felipe I, llamado el Hermoso, y Juana de Castilla, a quien apodaron como *la loca*, gracias a mis artimañas y méritos, fueron proclamados reyes de Castilla. Felipe moriría unos meses después de ceñir la corona, y a Juana la convencí de que su esposo realmente no estaba muerto, solo que la quería engañar como siempre lo había hecho. Al cardenal Cisneros y a Fernando de Aragón no les pude hacer nada, al fin y al cabo, la Maldición solo debía recaer en la reina Isabel y su descendencia.

El nieto de la reina católica, que se llamaba igual que tú, pequeño Carlos, tuvo que soportar la ruptura de la iglesia de occidente, las luchas contra el Papado y las guerras en Alemania, mientras en América se cometían atrocidades y el poder español era muy discutido. Cansado de luchar contra mí, tuvo que resignarse y dimitir en 1556. Dos años después, en Yuste, donde pensaba que me había dado esquinazo, atormentado por mi continua presencia día y noche, no le quedó más remedio que morir.

Su hijo, Felipe II, continuó con la Maldición de la saga. Supe influirle con veleidades imposibles, como la conquista de Inglaterra. Finalmente, también murió atormentado por mí. En su lecho de muerte, ése mismo en el que te encuentras ahora mismo tú, pequeño Carlos, ordenó poner los cuadros sobre *El jardín de las delicias* y *el infierno* que pintó “El Bosco” para intentar quitarse de encima todo el tormento y el miedo que tenía tras de sí. Era natural, había asesinado a su hijo don Carlos; había ordenado la muerte de don Juan de Austria, y había colaborado en el asesinato de su secretario Escobedo. Son muchas muertes como para tener la conciencia tranquila. Aún así, no le hacía falta preocuparse, no la iba a tener. Para eso estaba yo aquí. Su hijo, Felipe III no quería gobernar, era un inepto. Pero tuvo que soportar decisiones como la expulsión morisca, que arruinó el país, y los desmanes del primer ministro, el duque de Lerma. A Felipe III decidí no atormentarle mucho, porque en el fondo era un ingenuo y un incapaz. A tu padre, Felipe IV, le influí con Olivares, que destruyó la unidad del Imperio, acabó con Portugal, casi con Cataluña y con la hegemonía de España en el extranjero. Felipe IV tuvo muchos problemas para encontrar sucesor, a punto estuve de cumplir con la Maldición hasta el final y extinguir la dinastía.

El último eslabón de la cadena, pequeño Carlos, eres tú. Una forma de vengarme de tu padre fue dejar que nacieras tú. Siempre has sido el más desdichado de toda la familia. Tus problemas y enfermedades siempre te han acompañado, al igual que esa legión de nigromantes y hechiceros que tenéis a unos metros de aquí. Ninguno os ha curado, y ahora ya sabéis que ninguno os curará. Igual que no se curó la reina Isabel, igual que no se curó el rey Carlos I, Felipe II, o la reina Juana. Todo está escrito en la cábala, ese instrumento mágico y mortal que manejan los judíos. Ese instrumento que ejerce el poder de las sombras contra el que hace mal a este pueblo. Sé que tú no tienes nada que ver con los judíos y su expulsión, pero las cosas son así, pequeño Carlos. Tus sufrimientos son parte de todos aquellos sufrimientos que tuvieron que soportar los judíos tras su expulsión. A ti te he condenado a no tener sucesión, a que tú seas quien extinga la estirpe de la reina sobre la que cayó esta Maldición. Y se cumplirá porque está escrito. Pero la última parte de la Maldición ya no la verás con vida. Será la última de las consecuencias de la expulsión de los judíos. Ahora vive tus últimos momentos de vida, tu sufrimiento está cumplido. Te espero cerca de aquí, te espero pronto.”

Carlos ha escuchado atentamente todas las palabras que han salido de entre la penumbra del balcón sobre la que se había reposado el fantoche vestido de franciscano. Cuando Carlos quiso volver a mirar hacia allí, ya no había nada, no había nadie. Carlos pensaba que se trataba de un delirio fruto de la fiebre. Pero no dejaba de rondarle por la cabeza, sobre todo, las últimas palabras que había percibido, aquéllas que hablaban de una última parte de la Maldición que él ya no vería con vida.

El día de difuntos, el dos de noviembre de 1700 murió el último Austria en El Escorial, cuando solo contaba con 38 años de edad. La dinastía había acabado tal y como le profetizó a Carlos II en su lecho de muerte aquel fantasma franciscano. Pero la Maldición no acabó ahí. Poco antes de morir, Carlos II firmó un testamento a favor de su sobrino Felipe de Anjou, un Borbón francés. España, con ello, estaba abocada a una guerra de Sucesión que supondría el colofón final a la Maldición. Ese colofón que Carlos no vería con vida.